



EN DIAGONAL
ROSA BELMONTE

Altas instrucciones

El indulto marroquí al pederasta feo es otro homenaje a 'La vida de Brian'. ¿Libertad o crucifixión? Y el tal Daniel Galván, al que algún torpe le eligió libertad, puso pies en polvorosa mientras el pobre Antonio García Vi-driol, que esperaba un traslado a España para seguir cumpliendo la condena por tráfico de hachís, continúa en prisión. Pero no contábamos con la astucia de Mohamed VI, «Dios le bendiga». Ante las manifestaciones de ira de la sociedad civil, ha retirado

la gracia y «dado sus altas instrucciones al ministro de Justicia» para que vea con Gallardón las medidas que deben tomarse con el fin de remediar la chapuza. Hoy hay reunión. Tras una orden de detención internacional, al tiparraco lo han atrapado en Murcia (y mandado a la Audiencia Nacional). Además, Mohamed VI ha destituido al responsable de Prisiones. Una eficiencia admirable después de la chapuza. Ahora empezaremos a discutir los derechos fundamentales del sátiro.

EN PRIMER PLANO

ANTONIO HERNANDO
SECRETARIO RELACIONES
INSTITUCIONALES DEL PSOE



Petición ante Ruz. Antonio Hernando anunció ayer en rueda de prensa que su partido solicitará la comparecencia del presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, ante el juez Pablo Ruz en calidad de testigo para dar cuenta de la supuesta fi-

nanciación irregular del PP. También informó de que el PSOE solicitará, como acusación particular, que la secretaria general, María Dolores de Cospedal, y los ex secretarios generales citados como testigos mantengan un

MANUEL BORJA-VILLEL
DIRECTOR DEL
MUSEO REINA SOFÍA



El éxito de Dalí. El Museo Reina Sofía, dirigido por Manuel Borja-Villel, se ha visto desbordado por la afluencia de público a la exposición antológica de Salvador Dalí, que está siendo sin duda en los tres meses transcurridos la más concurren-

cia de las realizadas en sus instalaciones. Borja ya explicó el porqué del éxito: «La fascinación por Dalí se debe a que toca todas nuestras fobias y deseos», y, ciertamente, el pintor de Figueras conoció y plasmó como nadie todas nuestras mitologías más íntimas.

CRISTIANO RONALDO
JUGADOR DEL
REAL MADRID



Responde a Mou. El crack del Real Madrid Cristiano Ronaldo habló ayer tras el entrenamiento del equipo en las instalaciones de la Universidad de California en Los Ángeles, al día siguiente de que su exentrenador José Mourinho bro-

mease malignamente con su apellido: dijo que no valía la pena responder a las críticas, a las que ya está acostumbrado, pero quiso dejar claro cierta delicadeza: «Yo no escupo en el plato del que como». También confirmó que todavía no ha renovado con su club.

Una camiseta, un euro

JUAN HERNÁNDEZ



Es lo que tiene la globalización, que la competitividad del mercado exige a las empresas abaratar como sea el proceso de producción de mercancías. Para el consumidor, estupendo, una camiseta, un euro. Pero esa ventajosa realidad oculta un envés trágico, y es que al deslocalizar las empresas su producción, al final resulta que en Bangladesh hay uno que trabaja como un chino por cuatro perras. Las cifras lo confirman y suelen aparecer al lado de los cadáveres resultantes del derrumbamiento de alguna de esas fábricas sucias, peligrosas, inseguras, infectas, sin sindicalistas ni humanidad. Entonces los números relucen junto a las tareas de los grupos de salvamento. Un bangladés trabaja diez horas diarias, durante seis días de la semana, por un salario mensual de

treinta euros. Cualquiera 'ni-ni' de aquí cobra más con la paga semanal de sus padres o abuelos. Porque además trabajan en unas condiciones que avergüenzan al actual capitalismo, aunque lo ignore quien se compra una camiseta a un euro, o miren para otro lado esos hipócritas defensores del hombre que disimulan su apatía oponiéndose al aborto de un nasciturus o al matrimonio gay. En Bangladesh, el 85% de la población vive con euro y medio al día. En las 50.000 fábricas que confeccionan camisetas a euro trabajan unos 5 millones de obreros esclavizados con el pretexto del más por menos, 'privilegiados' con sueldo que generan el empleo indirecto de unos 14 millones de sus paisanos. Y encima se tienen que dar con un canto en los dientes por cobrar algo, que quien no, no es nada, y

con la 'ventaja' añadida de que cada poco se derrumba una fábrica, una mina o una nave industrial, y el anónimo proletario atrapado en las ruinas se convierte en estadística y san-seacabó. Silencio. La baratura en el rico Occidente que se aprovecha del derrumbe y de las cadenas es inversamente proporcional a la explotación miserable que se practica en un oriente que tarde o temprano nos devorará, ya que por aquí andamos lentos, pues el ahorro obtenido de tal latrocinio se ha hecho tocino y nos ha hecho perezosos y obesos. Por eso, no hay que extrañarse de que cada día haya en nuestras ciudades más emigrantes trabajadores y valientes, dispuestos a recuperar para sí y para los suyos todo aquello que viejos y nuevos colonizadores les han ido robando a lo largo de la historia.

Un problema en la reserva

DIEGO CARCEDO
PERIODISTA



Gibraltar es una injusticia internacional que la ONU condena pero no resuelve y una afrenta para los españoles que, cuando lo piensan, trinan contra los británicos y su cinismo flemático. Esto está fuera de duda y lo seguirá estando por muchos años que pasen –van ya trescientos–. Es tan imposible como paradójico que una situación de esta naturaleza cambie mientras tan minúsculo territorio siga retando con su estatuto colonial la dignidad de un país soberano, democrático y pacífico como es España. El conflicto adquiere tintes aún más incomprensibles al enfrentar a dos Estados oficialmente amigos, aliados en la Alianza Atlántica y socios en la Unión Europea. Pero ni el paso del tiempo ni los principios que van imponiendo las nuevas relaciones, presididas por el deseo de estimular la cooperación y evitar conflictos, aporta mejora alguna en la búsqueda de una solución definitiva para este problema. Los gobiernos españoles que se han venido sucediendo desde hace muchas décadas no han conseguido nunca avances que despierten esperanzas. Estos días han vuelto a producirse incidentes que alteran la convivencia entre los dos lados de la verja, suponen riesgos de naturaleza preocupante para la estabilidad, enturbian las relaciones entre Madrid y Londres y enardecen los ánimos de muchos ciudadanos que ansían vivir en paz pero Gibraltar les críspa. España, en una etapa anterior, hizo concesiones de diferente naturaleza que del lado gibraltareño fueron interpretadas como barra libre para ejercitar sus conveniencias, olvidando que la línea que separa los intereses es muy frágil y desde el lado español causan alarma. Y el Gobierno español, que atraviesa momentos de debilidad extrema, ha reaccionado como en los viejos tiempos cuando las manifestaciones pro Gibraltar español eran las únicas toleradas y estimuladas. Durante la dictadura, Gibraltar era el recurso más fácil y seguro para distraer la atención de los problemas políticos internos. El régimen lo utilizaba con frecuencia y con éxito, porque lo de Gibraltar es uno de los pocos asuntos que ponen de acuerdo a la inmensa mayor parte de los españoles, independentistas excepcionados. Toca nuestro amor propio y hace reverdecer la escasa simpatía histórica –en buena medida por su actitud hostil con el Peñón– que despiertan los británicos. Eso seguirá ocurriendo con distintos matices, pero sin remedio mientras Gibraltar siga ahí, retando nuestra dignidad colectiva y estimulando el nacionalismo visceral de los más exaltados. Los gibraltareños no podrán vivir tranquilos ni seguros de que en España van a encontrar siempre una buena acogida, algo que últimamente usufructuaban sin restricciones, ni los británicos podrán mantener una relación plena mientras esa espina –como se decía antes– siga clavada en la colonia que defienden de manera tan obstinada. Mientras tanto, no parece que la actitud frontal que desde este lado hemos observado en las últimas horas vaya a conseguir nada positivo –si se descarta, por supuesto, apartar la atención pública de Bárcenas y sus revelaciones– ni ante los conflictos pesqueros, aduaneros y violaciones fronterizas que han desencadenado la crisis ni mucho menos en la búsqueda de un arreglo definitivo. Las represalias en la frontera son un mal atractivo para los turistas –muchos británicos–, un elemento más de animadversión hacia España para los llanitos y un error en la estrategia para acabar con el estatuto colonial del Peñón, un problema que se consolida, eso sí, como un activo en la reserva como elemento de distracción.